



La apertura al mundo

Como hemos dicho anteriormente, el chico/a de 9 a 12 años va adquiriendo una mayor comprensión de su entorno: su inteligencia madura. Y también tiene más experiencias y una vida más rica: aparecen los compañeros, “los socios”, que junto con las exigencias de rendimiento escolar y buen comportamiento van construyendo su autonomía y responsabilidad y le colocan en el mundo real. El rendimiento escolar y otras relaciones con éxito son necesarios para el buen equilibrio y desarrollo actual y futuro del muchacho/a.

EL RAZONAMIENTO ABSTRACTO

La inteligencia adquiere ahora una madurez desde el punto de vista cualitativo. A esta edad su inteligencia se caracteriza por lo que se llama lógica abstracta. Esta etapa del desarrollo intelectual se inicia con una intensa curiosidad que lleva al chico a acumular muchos datos de todo tipo; datos que relaciona entre sí, los ordena, los clasifica... Se explica el interés que tiene el niño a esta edad por los grados militares, las funciones públicas y sus poderes, los tipos de automóviles o de aviones, por los empleos y profesiones, su preocupación por el poder y el grado de autoridad, su afición a las colecciones... el chico necesita poner en orden su conocimiento del mundo, estructurar los datos que tiene y para ello aplica las adquisiciones intelectuales de los estadios precedentes: clasificación, ordenación, numeración... etc.

Por medio del razonamiento concreto, el niño de 7 años se daba cuenta de que la cantidad de plastilina de una bola era la misma aunque esta

cambiase de forma. A los 10 años comprende que el peso sigue siendo el mismo y a los 12 que el volumen no varía aunque cambie la forma. Vemos pues, cómo las conquistas de su razonamiento se van haciendo poco a poco y por sectores, porque el niño está ligado a la experiencia concreta y no acierta a sacar conclusiones generales que le sirvan para todos los casos, es decir, llegar al conocimiento de leyes universales.

En el período que va desde los 9 a los 12 años la inteligencia infantil, la lógica concreta, llega a su apogeo. Pero ya en los 12 surgen modificaciones importantes: aparece el razonamiento abstracto. Este se caracteriza porque opera sobre los conceptos, las abstracciones y se desliga de la experiencia concreta, posibilita así la comprensión y la conclusión de leyes universales y de teorías. Este estadio del razonamiento abstracto o formal no llegará a su madurez hasta los 14 años y tendrá gran influencia en el período adolescente. Desde los 11 años, la inteligencia del niño –que acumulaba y ordenaba datos– se vuelve más original. Se

ve cómo el chico reflexiona, se plantea problemas, pesa el pro y el contra a la hora de tomar una decisión, valora los riesgos y hace hipótesis teniendo todo esto en cuenta. Es más crítico con sus ideas y sus razonamientos que en etapas anteriores, por esto la discusión se vuelve muy importante para él, en ella se refuerza la comprensión y la crítica, por su deseo razonador y de aprendizaje, le encanta discutir aunque no es fácil la discusión con él. En su conversación aparecen ya términos abstractos utilizados más o menos correctamente y también nociones generales del bien y la justicia. Le gusta también la lectura, así como los trabajos manuales y las construcciones mecánicas en las que se aplica su razonamiento recién estrenado. Las matemáticas, si están bien llevadas, le entusiasmarán igualmente. Todos sus intereses apuntan hacia la superación de lo concreto por otra realidad: la abstracción.

LA VIDA SOCIAL: EL GRUPO DE LOS SOCIOS

A partir de los 9 años los grupos van ganando en consistencia y estabilidad; en lo adelante, son siempre los mismos niños quienes forman el grupo y se distingue entre ellos a los notables, los propulsores que imprimen una dirección a las actividades colectivas. Al mismo tiempo, los grupos ganan en homogeneidad por eliminación de los individuos de edad demasiado dispar.

Los más pequeños son considerados como “bebés”, cuando lo que pretenden es afirmarse como “mayores”; los de más edad, por su parte, se desinteresan o son considerados como casi adultos.

Por otra parte, la homogeneidad también se realiza en cuanto a sexo: después de haber desempeñado durante algún tiempo una función secundaria, los niños del otro sexo son eliminados o se retiran. Es interesante advertir que esta segregación se observa aún en la coeducación; parece, que unido a factores muy profundos, entre los que desempeñan un

papel importante la madurez más pronunciada de las niñas y su rendimiento escolar, generalmente mayor a esta edad, influyen en este aspecto. Así se constituirá la pandilla, fenómeno central de esa edad, acaso un poco más acusado en los muchachos, pero también existe en las niñas; y la cual proporciona a cada sexo la ocasión de afirmar sus características propias e incluso de exaltarlas en cierta medida.

Una de las características del grupo de los “socios” es que se forma espontáneamente, en un barrio, en una escuela o en una clase, al azar de las circunstancias, sin intervención del adulto. No incluye a todos los chicos que teóricamente podrían participar en ella; hay, pues, una elección, una selección de los miembros del grupo.

Contrariamente de lo que sucedía al principio, la personalidad entra ahora en juego, y los niños lo tienen en cuenta: han pasado los tiempos en que no importaba lo que hacía aceptable a un compañero. Esa aceptación social, esa popularidad, depende mucho menos del grupo que de la personalidad del niño y, por tanto, de las experiencias que hayan contribuido a formarla.

Conviene recordar que cuanto menos se ha sentido amenazado el niño hasta entonces en su relación con los padres y en su seguridad interior, más propicio estará a integrarse en el grupo y a desempeñar en él un papel positivo.

Los estudios comparativos de niños populares e impopulares entre sus compañeros revelan que la impopularidad puede ser considerada generalmente como un indicio de inadaptación afectiva. Parece que los niños rechazados por sus compañeros son esencialmente individuos tímidos y concentrados, o vanidosos, pendencieros que no se interesan por las actividades de los demás; en resumen: sujetos que plantean problemas con su autoestima.

Quien con razón o sin ella ha llegado a la convicción de ser rechazado por sus padres o de carecer de valor ante sus ojos, reaccionará en el grupo en función de ese sentimiento y reproducirá la situación a que le han acostumbrado sus



relaciones familiares. Su “inaceptabilidad” social será a medida de su “inaceptabilidad” familiar.

Se saca una conclusión pedagógica de tales estudios: hay más niños impopulares entre aquellos que han conocido un régimen familiar autoritario y severo, y más populares entre los que disfrutaron de un régimen democrático y liberal.

En efecto: los primeros son prudentes, “bien educados” y conformistas con respecto al adulto, pero se muestran pendencieros y desalentados con sus compañeros; también se distinguen por su falta de curiosidad, de imaginación e iniciativa.

Los segundos, por el contrario, muestran caracteres de iniciativa, audacia, espíritu emprendedor, que los lleva a asumir responsabilidades en las actividades del grupo, interesándose por las de sus iguales; como contrapartida, carecen de conformidad con las exigencias de la sociedad adulta. El grupo así seleccionado se consolida y se estructura gradualmente bajo el impulso de algunos miembros netamente dominantes y particularmente atractivos que constituyen un núcleo; y entre los cuales habrá quienes se impongan en calidad de jefes o promotores.

Nada más falso que presentar la pandilla como una sociedad democrática o igualitaria. Es, por el contrario, autocrática y aristocrática: su organización emana de la voluntad del promotor, rodeado de sus “vasallos” que constituyen una élite la cual imprime el tono del grupo. Los otros niños desempeñan el papel de “tropas” y podría decirse que siguen con mayor o menor sumisión las órdenes dictadas por los jefes.

Sólo al final de esta etapa, alrededor de los 12 años, la “pandilla” toma un carácter más democrático, semejándose a un equipo, donde todos opinan y cuyo jefe varía, según su competencia, en función de las actividades que el grupo se proponga desarrollar.

Ahora bien, ¿cuáles son las cualidades particulares que permiten al “jefe” imponerse sobre su “pandilla”? No es necesariamente la inteligencia. Algunos autores lo atribuyen a las aptitudes físicas, el prestigio de que gozan. Otros, cierto avance en su desarrollo físico que lo hace parecer mayor.

También puede ser el hecho de que el líder sea un objeto de identificación adecuada para los niños a los que domina. Se presenta como el prototipo de lo que ellos querrían ser: mayor, pero no adulto. Generalmente presenta cualidades de audacia, imaginación, astucia, de “descaro” y de no compromiso con el adulto.

El “jefe” es un modelo; y se le sigue porque ese es el medio para realizarse según ese modelo. En consecuencia, la acción del líder puede tener distintos efectos, tanto para lo mejor como para lo peor. Así, los líderes *integrativos* que ayudan al niño a convertirse en sí mismo y a realizarse de acuerdo a las características de su edad y su sexo, y líderes que necesitan imponerse a los demás y reinan por la fuerza, en detrimento de sus “súbditos”. Sea cual fuere el tipo al que pertenezca, el poder del líder sobre su grupo es mucho más considerable de lo que se cree generalmente. El poder del educador parece mínimo al lado de la atracción que ejerce en el grupo y el prestigio que rodea a su líder.

El grupo o pandilla satisface algunas necesidades profundas del niño. Ellos experimentan un placer vital al estar juntos. Ahora bien, si la “pandilla” goza de tal favor, ¿no es porque libera al niño de la sujeción al adulto y de su constante supremacía, porque lo libera de su estado de inferioridad?

En el mundo del adulto, no es más que un niño; ha de esperar a ser mayor para hacer algo valedero; tiene que trabajar para serlo. En la “pandilla”, por el contrario, el niño es “mayor” y puede hacer grandes cosas, sin tener que esperar, comprende las exigencias de sus iguales, tanto más cuanto ha contribuido a elaborarlas y se beneficia de ellas; y, sobre todo, está en su “casa”.

Hasta aquí hemos abordado algunos de los más importantes aspectos que caracterizan al niño en esa etapa de su desarrollo, nos quedan otros como la autoestima, la agresividad, entre algunos diferentes, que trataremos en próximos artículos. Deseamos que los mismos te sirvan para comprender al niño que transita por estas edades, ya que aunque la apertura al mundo se produce al final de la adolescencia, es aquí donde tiene sus raíces. Para que este despegue tenga lugar de forma satisfactoria, ahora, en los 9 a 12 años, los padres han de enfocar adecuadamente su independencia, el rendimiento escolar, la educación sexual y la educación del comportamiento, sin olvidar su educación en la fe, que mucho le ayudará a encaminarse por el camino del bien y de la verdadera felicidad. ¡Hasta la próxima!

